

Todos colocados

Por **Antonio Muñoz Molina**

Dice Fernando Fernán-Gómez que cuando él era joven lo importante en la vida era colocarse en algo, conseguir una colocación. De niño yo escuchaba a mis mayores hablar de las colocaciones como prebendas venturosas que podían salvarlo a uno de las asperezas y las incertidumbres del trabajo manual. Si uno se ganaba un jornal recogiendo aceituna o martilleando desde el amanecer en una herrería no había conseguido una colocación. Una colocación era un puesto en una oficina, con las manos limpias y a salvo de la intemperie, sobre todo si ese puesto traía consigo lo que en mi casa llamaban, entre envidiosa y admirativamente, “una paga del Gobierno”. Las colocaciones con paga del Gobierno eran las mejores de todas, porque además de no requerir gran esfuerzo físico duraban toda la vida. Lo malo de esas pagas vitalicias era que para obtenerlas hacía falta tener estudios, palabra ésta que se pronunciaba con reverencia, casi con temor. Quien tenía estudios —de maestro, de médico, de ingeniero— podía conseguir una colocación que le diera rango y prosperidad en la vida, pero cuando yo era niño la gente de mi familia, de mi clase y mi barrio, dejaba la escuela a los 11 o a los 12 años, para trabajar en el campo, en un taller o una tienda de algo.

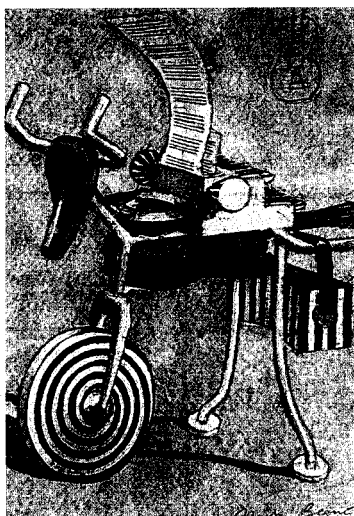
Sin un padre que ya tuviera una colocación no era posible adquirir estudios, y sin estudios no había colocación. A lo largo de los años sesenta, con desvelos y becas, algunos logramos salir de aquella noria, y nos pareció que rozábamos la esperanza segura de una colocación cuando ingresamos en la universidad. Para nuestros padres y nuestros abuelos la universidad había sido siempre una cosa tan indescifrable y remota como un monasterio tibetano. Si acaso, alcanzaban a intuir que de allí procedían aquellos seres solemnes que les amedrentaban: abogados, notarios, médicos. Pero nosotros no queríamos ser ni abogados, ni notarios, ni médicos, y eso les desconcertaba más, porque ignoraban la existencia de otras carreras. (Con qué respeto temeroso decían también esa palabra, carrera). ¿Cómo explicarles en qué consistía estudiar una cosa de sonido tan raro como Filosofía y Letras?

Quienes llegamos con mentalidad sacrificada de becarios a las facultades de Letras en los amenes valleinclanescos de la dictadura descubrimos con gran sorpresa que allí apenas se estudiaba, o bien que las asignaturas no trataban de aquello que parecían tratar, o que había que ponerse continuamente en huelga en solidaridad con los llamados penenes, que venían a

ser como el proletariado revolucionario que iba a cambiar de arriba abajo aquella obsoleta institución. Nuestros padres nos habían dicho siempre que el saber no ocupaba lugar, y en la universidad nos dábamos cuenta de la verdad de esa sentencia. El saber no ocupaba ningún lugar en nuestras clases, dedicadas unánimemente al adoctrinamiento en una jerga medio estructuralista y medio althusseriana que convertía la historia o la literatura o el arte en un jarabe indigesto de palabrerías idénticas. Pero es que además muy pocas veces había clase, porque todos nos solidarizábamos, de grado o por fuerza, con las reivindicaciones de aquellos profesores no numerarios que luchaban contra la tiranía de los catedráticos, que querían acabar con el anacronismo de las oposiciones y con los puestos funcionariales para toda la vida. Justo cuando nos parecía que íbamos a poder colocarnos resultaba que aquellos rebeldes buscaban la abolición de la colocaciones...

Gracias a aquella lucha heroica no aprendimos casi nada de los saberes que impresionaban tanto a nuestros padres, y cuando salimos de la universidad, igual de ignorantes que habíamos entrado en ella, nos llevamos la ingrata sorpresa de que no quedaban colocaciones para nosotros. Lo que sí parece que se colocaron para siempre fueron nuestros revolucionarios profesores, que acabaron con los privilegios de los catedráticos mediante el provechoso sistema de hacerse todos ellos catedráticos, aunque, eso sí, prescindiendo de los molestos formalismos burgueses de un sistema de oposiciones libres en el que alguno de ellos hubiera quedado suspendido.

Pero está visto que nunca faltan los aguafiestas ni los resentidos: un grupo de profesores abochornados por el amiguismo y los chanchullos que convierten al gremio universitario en una cofradía de favores mutuos ha formado una Plataforma para la Mejora de la Calidad de la Enseñanza. No es muy probable que vayan a mejorar nada, pero por lo menos tienen el mérito de dar la cara y el nombre y decir en voz alta lo que otros murmuran en el sigilo del anonimato. Aunque quizá yo escribo, como se dice ahora, desde el rencor: habiendo tal abundancia de cátedras en las universidades españolas, me ha faltado el talento y la destreza para colocarme vitaliciamente en una de ellas. Bien es verdad que mi amigo Emilio Lledó, que lee a Kant y a Hegel en alemán y a Aristóteles en griego y ya era catedrático en Berlín, tampoco pudo colocarse de catedrático en la Complutense. ●



“
Al salir de la
Universidad
ya no
quedaban
colocaciones
”